



**CHARLAS CON MI
HEMISFERIO
DERECHO**

**HERNÁN
CASCIARI**

Dice el autor: «Conocí a mi hemisferio derecho por casualidad, una tarde desesperada del año noventa y nueve. Mi vida entonces era un caos. Llevaba más de seis meses sin redactar un párrafo decente y estaba hecho un trapo; ya no sabía qué hacer con mi tristeza. Fue el bloqueo literario más duradero de mi vida».

Casciari lo había intentado todo: empezar un cuento por el final, empezar una novela por el medio, dictarle estructuras narrativas a una grabadora, escribir drogado, escribir sobrio... No funcionaba nada. Hasta que descubrió que el hemisferio derecho de su cerebro estaba en silencio. Y comenzó, muy de a poco, a conversar con él.

«Cuando te sientas demasiado acostumbrado a ti mismo vomítate a ti mismo, no a la luz del día y ante el espejo sino a oscuras y en cualquier rincón, tan solo así escaparás a tu propia caricatura espantable, y empieza de nuevo.»

San Camilo, 1936

CAMILO JOSÉ CELA

PRÓLOGO

Conocí a mi hemisferio derecho por casualidad, una tarde desesperada del año noventa y nueve. Mi vida entonces era un caos. Llevaba más de seis meses sin redactar un párrafo decente y estaba hecho un trapo; ya no sabía qué hacer con mi tristeza. Fue el bloqueo literario más duradero de mi vida y la única vez que pensé, con terror, que quizá no había nacido para escribir.

Lo había intentado todo: empezar un cuento por el final, empezar una novela por el medio, dictarle estructuras narrativas a una grabadora, escribir drogado, escribir sobrio, escribir en bares, mantener una rutina de monje, escribir desnudo y de pie, redactar en Olivettis viejas, en libretos, escribir con caligrafía de maestra rural; con cinco dedos, con tres dedos... No me funcionaba nada.

Un sábado ocurrió algo. Estaba mirando un documental del Discovery Channel con los ojos vacíos. Hablaban sobre los hemisferios del cerebro: el izquierdo es lógico y procesa de forma lineal —decía el locutor—; el derecho es holístico y procesa globalmente. No sé si las palabras fueron literales pero sí parecidas. Al escucharlas me saltó la alarma interna de un temporizador, como si muchos siglos antes yo hubiera puesto un sánguiche al microondas y después me hubiese olvidado por completo de tener hambre. De pronto tuve una certeza: supe que mis hemisferios no se hablaban. Del mismo modo que mi abuelo Salvador y mi abuela Chola, que vivían juntos, pero no se hablaban.

No puedo explicar esto mejor. Por algún motivo, desde el inicio de mi crisis literaria yo estaba funcionando solamente con el hemisferio izquierdo. Hay gente que vive con

un riñón, o con un brazo; pero ellos lo saben. Yo estaba vi-
viendo con medio cerebro y no me había dado cuenta.

Cuando en mi vida las cosas están en orden, dentro de mi cabeza hay una conversación permanente. Es un estado mental, una especie de ritmo. Camino hasta la heladera, abro la puerta, sopeso los productos. «¿Tenés ganas de que nos comamos este yogur, Jorgito?», dice una voz dentro de mí. «Y bueno, dale, pero pongámosle corazón de dulce de leche», dice otra voz. Así son, en general, los pensamientos del hombre común cuando la vida le sonríe. Cuando estamos en crisis, en cambio, el fluir de la conciencia es un monólogo oscuro. Caminamos a la heladera, abrimos la puerta y miramos el interior. «Dejá de comer yogur, gordo hijo de puta, tenés que escribir, tenés que escribir, hace medio año que no se te ocurre nada, vas a reventar como un sapo.»

Desde hacía unos cuantos meses yo solamente escuchaba esa voz. Ni noticias de la otra. ¿Era eso una crisis literaria?

Sobre la mesa había dos lapiceras, una negra y otra azul. Empuñé la negra, abrí un cuaderno y quise escribir con mi hemisferio derecho. Con el mudo, con el ausente.

«A ver, ¿qué le pasa?», escribí.

La frase salió en mayúsculas. Eso me sorprendió. También la ausencia del tuteo. Me quedé mirando la hoja un segundo, sin respirar. El hemisferio derecho había hablado.

Dejé sobre la mesa la lapicera negra y empuñé la azul. Escribí en minúsculas, con mi letra de siempre:

«No puedo escribir. Me siento y no me sale; lo que tengo para decir no es suficiente».

Me quedé quieto, sin pensar en nada. Mi mano soltó la lapicera azul y otra vez empuñó la negra. Yo no tenía la menor idea de lo que iba a escribir.

«¿Es solo una crisis creativa o esconde algo?», preguntó el hemisferio derecho, de nuevo en mayúsculas, y mi corazón empezó a latir muy fuerte.

Así empezó todo. Esto que cuento ocurrió el sábado seis de agosto del año noventa y nueve, a las cuatro de la tarde. Tres horas después oscurecía en Buenos Aires y yo había logrado escribir tres folios completos, por primera vez en muchos meses. Pregunta y respuesta. Mayúscula y minúscula. Negro y azul. Hemisferio derecho, hemisferio izquierdo. Y sobre todo: fui capaz de escribir la verdad. ¿A quién podía mentirle?

Fueron siete sesiones, todas en sábados consecutivos. Cada charla me llevaba más de una hora y acababa desgastado, inseguro, muchas veces enojado conmigo mismo, pero cada vez me sentía más lejos del pozo de la crisis.

Cada una de las partes de este libro comienza con una de estas sesiones, a las que más tarde bautizaría como «literapéuticas». No constituyen ningún descubrimiento; son una manera más de soltar la mano para volver a la rutina de la escritura. Pero al mismo tiempo es un método mucho menos costoso que hacer terapia, y bastante más cómodo que soportar un taller literario.

Nunca más, después de aquellos siete sábados del año noventa y nueve, tuve un bloqueo tan bestia. Cuando algo fallaba, cuando de repente la hoja en blanco volvía a ponerme nervioso, me bastaba con leer aquellas charlas entre mis hemisferios para que las arterias volvieran a bombear tinta.

Casi todos los cuentos y ensayos que componen este volumen fueron escritos en esos tiempos de finales del siglo veinte y principios del veintiuno. A muchos de ellos los publiqué en la primera época de mi blog, confundiéndolos adrede entre otros textos que narraba en directo.

La mayoría nació en carpetas escritas a mano, cuadernos artesanales y libretas de los tiempos en que nadie iba ni venía con un iPad o una portátil bajo el brazo. Otros es-

tuvieron años enteros en folios A4 con tinta seca de máquina de escribir y borradores de Liquid Paper.

Orsai, mi blog, los recibió con gusto cuando mi vocación de cuaternófilo se convirtió en pulsión digital. Y los recibe también ahora en la editorial flamante que inauguramos este año.

Me alegra saber que estos cuentos y soliloquios regresan por fin al papel, al volumen clásico encuadernado y con olor a tinta. De algún modo es un homenaje secreto al horror de la página en blanco, a no saber qué decir ni a quién decírselo: ese monstruo de dos cabezas que nos atacaba a los muchachitos del siglo pasado, entre los veinte y los treinta años, cuando soñábamos con escribir.

HERNÁN CASCIARI

9 de octubre de 2011

PRIMERA SESIÓN

Sábado 6 de agosto de 1999, 16:05

—A ver, ¿qué le pasa?

—No puedo escribir. Me siento y no me sale nada; lo que tengo para decir no es suficiente.

—¿Es solo una crisis creativa o esconde algo?

—Algo como qué.

—Algo personal... ¿Hay también alguna crisis personal?

—Sí, pero no quiero hablar sobre eso.

—Entendido. ¿Está usted galponeado?

—Correcto; desde hace casi un mes. Trato de no salir a la calle más que para trabajar. Trabajo de dos de la madrugada a nueve. Después me encierro en mi casa.

—¿Ya pasó por la etapa de no atender el teléfono o el timbre?

—Ambos; la etapa comenzó antes de ayer.

—¿Ya comenzó a engordar?

—Todavía puedo manejarlo, aunque tengo arranques con el dulce de leche... Ya empiezo a comerlo a cucharadas y de pie.

—¿Y el porro?

—Sí, fumo un poco más que antes, pero creo que la conciencia de los síntomas de estas crisis me impide dejarme estar. Me siento mucho más...

—¿Más atento?

—Correcto.

—¿Siente que sabe cómo manejarlo?

—No, no es eso. Siento que ahora los síntomas pueden ser otros... Es cierto que tengo experiencia con estas crisis, pero ellas también conmigo.

—¿Supone que ha madurado y las controla?

—Más bien creo que ellas han madurado y ya no van a atacarme por la comida o por la marihuana. Las crisis ya no son adolescentes.

—Pero igual se galponea y no escribe una línea... En eso, las cosas están como siempre.

—Es correcto. Me deshago de la gente que me rodea, dejo de crear, conecto la televisión, duermo muchas horas, desatiendo compromisos...

—¿Ya pasó por la etapa de gastar un dineral en herramientas para dibujo?

—Correcto; ocurrió hace dos semanas; me patiné ciento veinte pesos en lápices, pinceles, pinturas y una regla T... También compré unos libritos de sombras y perspectivas.

—¿Ya pasó por la etapa de meter todo en un cajón y olvidarse de la pintura?

—Estoy en eso. Ya casi no toco un crayón.

—Usted dijo que se deshace de toda la gente que lo rodea.

—Correcto.

—¿Eso qué significa?

—Que no voy a donde me invitan, que no invito a mi entorno a que me visite y que trato de estar solo la mayor parte del tiempo.

—¿Ha cortado relación con todas las personas que conoce?

—No. Me relaciono con mis compañeros de trabajo.

—¿Incluso en su casa, los invita?

—Dejé de hacerlo. Solo en el trabajo me relaciono con ellos. Trato de evitar que me visiten y esquivo tener que visitarlos.

—¿Entonces a su casa no entra nadie?

—Muy pocas personas, en realidad. Mujeres.

—¿Por qué?

—Para mantenerme sexualmente activo.

—¿Hombres no lo han visitado?

—Una vez recibí a unos amigos de Mercedes a jugar al póquer y a cenar.

—¿Se divirtió con ellos?

—No tanto como en otras ocasiones.

—¿Se siente usted triste?

—No.

—¿Se siente cansado?

—No, tampoco.

—¿Por qué no escribe? ¿Lo sabe?

—En el fondo creo que sí, pero me cuesta explicarlo de una forma lúcida...

—¿Ya no tiene qué decir?

—En realidad creo que ya no tengo interlocutores válidos, que ya no hay nadie que quiera oír.

—¿Oír en general, u oírlo a usted?

—A la mierda, es una buena pregunta. No sé.

—¿Usted está cansado de oírse?

—Posiblemente sí. Mi forma de escribir es un poco... quiero decir que me resulta previsible, que ya sé cómo voy a decir lo que tengo para decir.

—¿En qué piensa todo el tiempo?

—¿Qué?

—Que en qué piensa. ¿Hay algo en lo que piense mucho últimamente?

—En los errores del pasado. Las crisis son para pensar en eso.

—¿Son muchos?

—No, solamente pienso en tres o cuatro.

—¿Decisiones apresuradas?

—Falta de decisión.

—¿Y por qué piensa tanto en ellos si son tres o cuatro nada más?

—Pienso en las cosas que hubieran pasado si...

—Siga.

—...

—¿No quiere seguir hablando sobre eso?

—Correcto.

—¿Por qué?

—Estoy haciendo este ejercicio para lograr cierta claridad en mi crisis creativa. No quiero hacer terapia psicológica tradicional.

—Pienso que su crisis creativa está ligada a lo que ocurre en su vida ahora.

—¿Y usted qué sabe de mi vida ahora?

—Para hacer las preguntas escribo con una lapicera negra, pero somos el mismo.

—Eso es verdad.

—¿Me quiere contestar, entonces?

—No, ya perdió la magia.

Adicción por las metáforas

Mi vida se divide en seis etapas: lactancia, infancia, pubertad, adolescencia, adolescencia con barba y adolescencia con canas seguida de muerte. Ahora voy por la quinta, que es la adolescencia con barba. Cuando ya no se me irga la chota entraré a la última adolescencia, momento en el que deberé dejar de hablar con metáforas y hacerle frente a la realidad de mi vida; hacer un balance del pasado, arrepentirme de no haber elegido un sistema previsional, escribir mi cuarta autobiografía no autorizada y elegir cuál de mis seres queridos deberá hacerse cargo del muerto. Mientras tanto, seguiré hablando con metáforas, metonimias y sinécdoques, un poco porque eso me da cierto aire legendario desde el vamos, pero más que nada por cagón.

Lo mejor que tiene saberse un cobarde de entrada es que ni siquiera hay que levantarse de la cama para fingir valor. Los cobardes que no se hacen cargo la pasan verdaderamente mal, porque dos por tres cae gente y tienen que hacer todo un circo que tarde o temprano desmantela el menor viento. Pero quienes peor la pasan son los que realmente van de frente y ponen todos los puntos sobre las íes, porque les causa tanto pánico un día tener que ser cobardes, que terminan siendo los más cagones de los tres grupos expuestos.

Cuando finalmente me decida y tenga un hijo lo primero que voy a hacer es conseguirle una madre para que se encargue de toda esa época horrible en la que el hijo lo único que hace es mearse, vomitar y actuar como una mascota. Segundo, cuando el hijo tenga la edad suficiente para

entender lo que le digo, voy a denunciar insana a la madre para quedarme solo con él y no compartir su educación con una extraña. Y tercero, voy a agarrar a mi hijo y le voy a decir cuáles son las tres cosas más importantes de la vida: Uno, aunque no tengas nada para decir, siempre decílo de otra manera. Dos, si vas a traicionar a alguien, fijáte muy bien de hacerlo por la espalda. Y tres, decir las cosas de frente no es una virtud, sino las huellas digitales que dejan en la escena del crimen los que se dedican a asesinar la imaginación de mentir con altura poética.

Más allá de eso, debo decir que no me siento el dueño de la verdad, solo que hay cosas en el mundo contemporáneo que no me cierran, y las digo: si el hermano de Hitler hubiera sido un excelente poeta, ¿alguien se hubiera atrevido a decirlo? Todo el mundo piensa que la hipocresía es un quiste que solamente se instala en las clases dirigentes, pero la verdad es que no hay nada más hipócrita que las mayorías y las minorías, que las masas y las élites, que todos los que votan al que gana, y que todos los que votan a la izquierda.

Muchos podrían decir que escribo tan enojado porque estoy pasando una etapa de mi vida en la que comienzo a replantearme la existencia de un modo político y ético, y porque estoy viviendo un fin de siglo cada vez más desculturizado, y porque existo en un país de ciudadanos con mentalidad de señora gorda, en un país que discute los postulados más torpes en horario central, en un país que mide el humor desde las diversas variantes que existen en el reino vegetal para nombrar —sin nombrarlo— el aparato reproductor masculino. Podría decirse eso, pero por una cuestión de costumbre yo preferiría decirlo de otra manera.